2082

EL TEATRO.

COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

CESANTE

Y APALEADO,

PIEZA

EN UN ACTO Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

D. ARMENGOL MARQUÉS.

MADRID.
ALONSO GULLON, EDITOR.
PEZ.—40.—2.°
1876.

CESANTE Y APALEADO,

PIEZA

EN UN ACTO Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

DON ARMENGOL MARQUÉS.

Estrenada con gran éxito en el Teatro MARTIN la noche del 8 de Diciembre de 1874.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.

1876.

PERSONAJES.	ACTORES.
MATILDE.....	Sra. Valle.
JESUSA.....	Sra. Soler.
ROSA.....	Sra. Sierra.
DON RUFO.....	Sr. Calvacho.
DON LÚCAS.....	Sr. Ortiz.
DON EDUARDO.....	Sr. Caballero.

Esta obra es propiedad de D. ALONSO GULLON, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados representantes de la Galería Lírico-Dramática, titulada El Teatro, de dicho señor GULLON, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO UNICO.

La escena representa una sala sencillamente amueblada. A la derecha una ventana, junto á la misma una puerta: dos á la izquierda y otra al foro: un velador y una mesa con recado de escribir.

ESCENA PRIMERA.

Al levantarse el telon aparece Matilde sentada bordando junto al velador y Rosa entrando por el foro.

MATILDE y ROSA.

MAT. ¡Cuánto has tardado! estaba tan impaciente por saber el resultado de tu entrevista con Eduardo, que cada momento me ha parecido una hora. ¿Le has visto?

ROSA. No que no! Se le figura á usted, señorita, que hubiera yo vuelto á casa sin conseguir ántes nuestro objeto? Pues buena soy yo para...

MAT. ¿Y qué te ha dicho? ¿ha accedido á nuestro plan?

ROSA. Con mil amores.

MAT. Ah, qué dichosa soy!

ROSA. Ha cogido la carta, y despues de haberla besado apasionadamente más de un millon de veces, me ha dicho: «Manifiesta á tu señorita mi gratitud por esta nueva »prueba de cariño, y dila que á la hora convenida, es-

670271

»taré en su cesa para arrojarme á los piés de su tio, y »escuchar de sus labios las halagüeñas frases que encier- »ra esta carta, y que han de alentarme en la empresa, de »cuyo resultado pende mi felicidad.» Ha colocado en mi mano el duro de costumbre, y «hasta luégo» me ha dicho. Conque ya ve usted que poco puede tardar en venir.

MAT. Siento al pensar que va á presentarse aquí Eduardo, á la par que una grata emocion, un temor tan inexplicable... porque bien mirado, yo soy quien ha instado esta entrevista, y puede creer...

ROSA. Aleje usted esos temores. Era preciso que diera usted este paso, porque viven hoy los hombres tan escamados, que si una no les echa el ¡quién vive! á lo mejor nos dejan los tunantes impunemente á la luna de Valencia. Nada, señorita, duro con ellos; si don Eduardo la quiere á usted, que pida su mano y asunto concluido.

MAT. Sí, pero el caso es que mi tio va á negársela, de fijo, pues segun me ha manifestado desde hace ya mucho tiempo, tiene contraido formal compromiso con un tal Ramirez que, segun las señas, no tiene otra cualidad recomendable, que la de tener mucho dinero.

ROSA. ¡Cómo! Pobre señorita! ¡Conque tratan de sacrificar á usted? Ah! no será mientras esté yo en esta casa. Desde este momento me encargo de buscar un medio para hacer que don Rufo desista de este proyectado enlace y pueda usted casarse con el soñorito Eduardo.

MAT. ¿De veras? ¡Te deberé más que la vida!

ROSA. ¿Pero dónde y cómo ha visto usted á ese sujeto?

MAT. ¡Si no le conozco ni le he visto en mi vida! Es verdad que me escribió una óarta, pero me fijé tan poco en ella...

ROSA. ¿Y cómo no me ha dicho usted nada hasta ahora?

MAT. Porque mi tio me encargó el secreto, y no quise exponerme...

ROSA. ¡Qué inocentona! Pues descuide usted, señorita; yo ya soy vieja en esto de amores, y le aseguro á usted que

no se ha de burlar de nosotras; este vejestorio. Ahora lo que interesa es evitar que se presente aquí el señorito Eduardo sin estar ántes iniciado en nuestro plan, pues ignorando la disposicion de su tio de usted, podría pedirle su mano y lo echábamos á perder. (Se oye una campanilla.) ¡Llaman! Será él, de fijo!

MAT. ¡Dios mio! ¿Y qué hacemos ahora?

ROSA. Nada; retírese usted á su gabinete ínterin yo...

MAT. Sí, pero...

ROSA. Adentro.

MAT. Ay! Dios nos saque de este enredo. (Váse.)

ESCENA II.

ROSA y EDUARDO.

EDUAR. Adios, Rosa! Y tu señorita?

ROSA. En este gabinete ha entrado ahora mismo.

EDUAR. Pues pásala recado y dila que...

ROSA. No, no es posible. Ántes tengo que enterar á usted de una cosa que le interesa muchísimo. Ha de saber usted que don Rufo no consiente en conceder á usted la mano de su sobrina porque, segun dice, un anterior compromiso le obliga á otorgársela al hijo de uno de sus antiguos amigos.

EDUAR. ¿Cómo se entiende? ¿Y ella, qué dice?

ROSA. ¡Toma! ¿Qué ha de decir? ¡Que nones! Por esto me ha dado el encargo de proponer á usted algun plan para desbaratar la boda.

EDUAR. Oh! sí, sí; es preciso buscarle á toda costa; yo no puedo resignarme á renunciar á su mano.

ROSA. Ni ella consiente tampoco. ¡Nada! Agucemos nuestra imaginacion.

EDUAR. Pues señor, por más que cavilo, no acierto á encontrar...

ROSA. Yo tengo una idea que nos salvará. El hijo de este amigo suyo, será, segun presumo, un forastero á quien espera el amo dentro de tres ó cuatro dias.

EDUAR. ¡Bien! ¿Y qué?

ROSA. Que ínterin se espera ese buen señor... puede usted tomar su nombre y...

EDUAR. ¿Y qué conseguimos con esto?

ROSA. ¿Cómo qué conseguimos? ¡Pues es una friolera! Conseguimos nada ménos que presentándose usted aquí con el nombre de Arturo Ramirez y aparentando ser en extremo exigente y poco tolerante... puede usted hacer decidir á don Rufo á que renuncie al indicado enlace.

EDUAR. Calla, y es verdad; y yo que no había caido en ello. Vamos, soy lo más topo... Es decir que yo tomo el nombre de Ramirez, me presento aquí...

ROSA. Justamente. Procura usted fastidiar á don Rufo hasta el extremo de que convencido de que sería un infierno la casa si llegase á admitirle á usted por sobrino, se decida á escribir á su supuesto padre que no se aviene á la boda concertada. Conseguido esto, y sin dar tiempo á que dicho señor conteste y se aclare todo el enredo, pide usted por escrito la mano de la señorita, se casan ustedes y *Laus Deo*.

EDUAR Magnífica idea. ¡Rosa, vales un Perú! Ven acá, dame un abrazo.

ROSA. Eh, poco á poco! Si lo viera mi señorita...

EDUAR. Anda, tonta. ¿Qué más da? (La abraza.)

ROSA. ¡Vaya! (Todos son lo mismo.)

EDUAR. Adios, Rosa! Voy á poner en práctica tu idea... y en dos saltos...

ROSA. Mucha prudencia, no sea que se descubra el enredo.

EDUAR. Descuida, fámula... ¡ilustrada! Hasta luégo. (Váse.)

ESCENA III.

ROSA.

¡Ea, ya se arregló el negocio! Y la señorita, que ya desesperaba... Es muy natural! Una pobre niña que siente por primera vez latir su corazon, cómo ha de estar aún acostumbrada! ¡Si fuera yo, que llevo ya recibidos

más desengaños y más... (Campanilla.) ¡Calle! Me parece que han llamado. Será don Rufo sin duda. ¡Voy! Iré ántes á participar á la señorita la trama que hemos urdido. (Suena la campanilla.) ¡Que voy digo! ¡Uf, qué viejo más cócora!

ESCENA IV.

ROSA, D. RUFO.

RUFO. En qué diablos estabas pensando? No has oido que llamaba?

ROSA. Yo le diré á usted, señor...

RUFO. Ni una palabra; marcha á tus quehaceres.

ROSA. Voy. (No, pues ántes he de ir á notificar á mi señorita...)

RUFO. ¿Qué es esto? Aún estás aquí? ¡Por vida de...

ROSA. Ya voy, señor. (Qué genio!) (Entra en el gabinete de Matilde.)

ESCENA V.

D. RUFO, leyendo un periódico.

Pues señor, bravo! ya se ha frustrado mi plan. Han sido derrotados en la lucha electoral todos mis correligionarios, y no me queda ya más recurso que someterme, *vellis nollis*, á apechugar, como hasta el presente, con mi triste situacion de cesante! Vaya una ganga! Cuando digo que hay para...

ESCENA VI.

MATILDE, D. RUFO.

MAT. Muy buenos dias, tio.

RUFO. ¡Hola! ¿eres tú, sobrina?

MAT. Sí señor! Me ha dicho Rosa que estaba usted ya levantado y quería, como de costumbre, darle á usted os buenos dias.

RUFO. Gracias, hija.

MAT. Pero qué tiene usted, tio? Se me figura que está usted algo agitado.

RUFO. Sí, eh? Pues mira, no tiene nada de particular. Parece hace algunos dias que todos los diablos del infierno se han conjurado contra mí.

MAT. ¡Cómo! ¿Qué le pasa á usted, tio?

RUFO. Nada! Ya te contaré despues. Ahora interesa que escuches atenta lo que te voy á decir. Ven acá, siéntate aquí, á mi lado.

MAT. Obedezco! (Adónde irá á parar.)

RUFO. Tú has llegado ya, sobrina, á una edad en la que es indispensable que á mis paternales cuidados sucedan los de un esposo que, unido á tí con verdadero cariño, te sirva de escudo en tu orfandad y asegure tu porvenir. Deseoso, pues, de conseguir este objeto, y confiado en que tú, sumisa y obediente, no tratarás de contrariarme, te he destinado á un jóven que puede labrar tu felicidad.

MAT. ¿Quién? Arturo Ramirez?

RUFO. ¿Cómo has adivinado?

MAT. Si ya me habló usted de él hace algunos dias. Pero yo dudo que este jóven pueda hacerme feliz.

RUFO. No sé de qué puedes haberlo deducido. En tu vida le has visto.

MAT. Es verdad que ni siquiera le conozco; pero basta leer la carta que me dirigió, para que se convenza la persona más lerda de que el tal Arturo es un tonto, y tonto de capirote. Ocurrírsele la idea para declarárseme de extractar una oracion, y llamarme pura y sin mancha y manso cordero.

RUFO. ¿Cómo manso cordero? (Jesús, qué barbaridad.)

MAT. Sí señor. ¿Y se le figura á usted que voy á casarme con un hombre que al tratar de echarme flores, me llama cordero, y manso por añadidura? ¡Eso no! ¡Primero monja!

RUFO. Yo te diré, eso consistirá sin duda en que á veces se

deja uno llevar por la imaginacion... y... Porque él, eso sí, tiene mucha imaginacion.

MAT. Pues á mí no me satisface un hombre que tenga sólo imaginacion. Yo quiero por esposo á un jóven que tenga algo más que eso.

FUFO. Pero sobrina, por Dios, repara en que desprecias á quien puede hacerte feliz.

MAT. ¡Feliz, porque tiene mucho dinero? Si en esto sólo consistiera la felicidad, claro! En fin, decididamente, no me caso.

RUFO. Muchacha, tú has perdido el juicio. Desairar así un porvenir tan soberbio!...

MAT. ¿Qué quiere usted? Ademas, mi corazon ya no me pertenece.

RUFO. ¡Cómo! ¿Te has atrevido á amar á otro hombre sin mi permiso?

MAT. Sí señor. ¿Y qué tiene eso de particular? ¿Manda una acaso en su corazon?

RUFO. Qué descaro! Señora sobrina, me tiene usted muy disgustado.

MAT. Yo lo siento mucho, tio, pero no presuma usted por esto, que deje de amar á Eduardo.

RUFO. ¿Eh? ¿Quién es ese Eduardo?

MAT. (¡Ay Dios mio! y qué le digo ahora?)

RUFO. Vamos á ver: ¿Quién es ese señorito?

MAT. Es un jóven muy guapo. Abogado.

RUFO. ¡Abogado! (Vamos, ya decía yo que el diablo habia andado en el negocio.) Sepa usted, señora sobrina, que no consentiré jamás en que se case usted con ese jóven, y si se empeña usted en corresponderle, perderá usted para siempre mi proteccion y mi cariño.

MAT. ¡Tio, por Dios! ¿Si no quiero yo á ese hombre, cómo he de poder decidirme á darle con mi mano mi corazon?

RUFO. Nada, nada, no se hable ya más del asunto, retírate á tu cuarto, y espero que reflexionando con más espacio te convencerás que el jóven que te he destinado es el

que más te conviene.

MAT. ¡Obedezco! (Dios quiera que no se fruste nuestro plan.)

ESCENA VII.

D. RUFO, á poco EDUARDO.

RUFO. ¡Vaya, vaya! Oponerse á este enlace cuando con él aseguro mi porvenir!

(Entra Eduardo precipitadamente y se sienta en uno de los sillones que habrá en primer término.)

EDUAR. Caballero, muy buenos dias.

RUFO. ¡Eh! ¿Qué significa?

EDUAR. ¡Con franqueza! Siéntese usted como si estuviera en su casa!

RUFO. ¡Como si estuviera en mi... (Pues me gusta la salida.)

EDUAR. Ya puede usted haber comprendido que yo soy extremadamente franco y no gusto de cumplidos.

RUFO. Sí, ya lo he comprendido! Pero puedo saber á qué debo el honor...

EDUAR. ¿De conocerme, no es verdad? Pues atienda usted. Yo he venido aquí por...

RUFO. ¿Por qué? ¡Vámos á ver!

EDUAR. Porque... Porque sí. Me parece que la razon es poderosa! Cada cual es libre de visitar la casa de sus amigos cuando estime conveniente.

RUGO. (Calla! y se titula mi amigo.) Señor mio, yo no le he visto á usted en mi vida!

EDUAR. Eso no importa!

RUFO. ¡Cómo que no importa! (Pues me gusta.)

EDUAR. Basta con que le conozca yo á usted, y ademas, entre parientes...

RUFO. ¿Cómo entre parientes?

EDUAR. Sí señor, entre parientes! ¡Qué! ¡Le parece á usted extraño? Es verdad que no lo somos en la actualidad, pero lo seremos dentro de poco, pues que yo pienso casarme con su hija de usted.

RUFO. Con mi sobrina, dirá usted.

EDUAR. ¡Justo! ¡Lo mismo da! ¡Supongo que no tratará usted de oponerse?

RUFO. Pues supone usted muy mal, que me opongo y decididamente.

EDUAR. ¡Cómo! Será usted capaz de faltar á la promesa que le tiene usted hecha á mi padre? Caballero, no me obligue usted á cometer una barbaridad.

RUFO. (¡Ay, Dios! Si es el hijo de Ramirez.) Conque usted es...

EDUAR. El hijo de mi padre.

RUFO. Sí, ya me figuro... (Qué bárbaro; no, pues yo no le doy ninguna esperanza, no sea que se crea con derecho...) Caballero, es verdad que tengo pendiente con su padre de usted una promesa que le hace á usted dueño de Matilde, pero he consultado luégo su corazon...

EDUAR. ¿El mio?

RUFO. ¡El de la chica! (Habrá bárbaro.) Y he visto...

EDUAR. ¿Qué es lo que usted ha visto? ¿Va usted ahora á negarme la mano de su sobrina? ¡Caballero! (Amenazándole con una silla.)

RUFO. No, no, quiero decir que...

EDUAR. Vamos, diga usted.

RUFO. Que mi sobrina no le quiere.

EDUAR. ¡Esto no es posible! ¡Miserable! (Amenazándole.)

RUFO. No! no, tampoco es eso. (Pues señor, que me emplumen si sé lo que me digo.)

EDUAR. En fin, señor don Rufo, vamos claros. Ya le he dicho que yo soy extremadamente franco! En vista de esta franqueza, que me es característica, le exijo á usted que me diga francamente si trata usted de oponerse á mi enlace con su sobrina.

RUFO. De ningun modo: por mi parte accedo desde luégo. Pero como no soy el que me debo casar, sino mi sobrina, he creido muy del caso consultar su voluntad.

EDUAR. ¿En dónde está la niña?

RUFO. ¡En su gabinete!

EDUAR. Pues entónces voy...

RUFO. ¡Poco á poco! puede estar vistiéndose...

EDUAR. Esto no importa; ya le he dicho á usted que yo soy muy franco. (Va á entrar en el cuarto de Matilde y D. Rufo se interpone.)

RUFO. Eh! Alto ahí! Ya me está usted cargando con tanta franqueza, y sepa usted, señor franco, que estoy dispuesto á no tolerar por más tiempo sus libertades y que le exijo que salga inmediatamente de mi casa, ó si no voy á moverle á usted un escándalo!

EDUAR. (Incomodado.) ¡Usted? Usted un escándalo á mí?

RUFO. Sí señor, sí. Yo un escándalo á usted.

EDUAR. Já! já! vale más tomarlo á risa! (Siéntase.)

RUFO. (Pues me gusta la flema de este hombre.) En fin, caballero, yo tengo que salir...

EDUAR. Puede usted marcharse cuando le diere la gana. No le detendré!

RUFO. (Habráse visto descaro semejante.)

EDUAR. (Pero ahora que calculo, no me conviene quedarme aquí mucho tiempo, tal vez perjudicaría nuestro plan.)

RUFO. (En qué diablo. estará pensando?)

EDUAR. Señor don Rufo, yo tambien tengo algo que hacer, por lo tanto, venga esa mano y hasta luégo!

RUFO. Vaya usted... (con dos mil de á caballo.)

ESCENA VIII.

D. RUFO.

¡Vaya un ente original! No, pues yo no consentiré jamás que este bruto sea mi sobrino. Ni Matilde querría tampoco. Y su padre, que me decía que era tan comedido, tan corto de genio. Pues si no llega á serlo, no sé lo que iba á hacer conmigo en esta sala. Nada, nada, voy á escribir á Ramirez devolviéndale su palabra... quiero quedar mejor sin el dote que verme algun dia obligado á ser víctima de este hipocentauro. (Váse.)

ESCENA IX.

MATILDE, ROSA.

MAT. ¡Será cierto lo que me dices? ¡Ah! qué contenta estoy!

ROSA. Don Eduardo ya ha empezado á poner en práctica nuestro plan, y de seguro vamos á obtener un buen resultado.

MAT. ¡Ojalá! ¡Lo deseo tanto!

ROSA. ¡Ya lo creo! el señorito Eduardo es un jóven guapo... y ademas se casa usted, que no es esta poca ventura.

MAT. ¿Y tú no piensas en casarte?

ROSA. Ya lo creo; aunque no sea más que para dejar de ser doncella; es tan azarosa esta vida... Pero qué le hemos de hacer... son los hombres tan malos...

MAT. Pero tú no tienes novio?

ROSA. ¡Vaya si le tengo! Pues no faltaba otra cosa. ¿No soy como las demas? (Suena una campanilla.)

MAT. ¡Llaman; anda á ver quién es!

ROSA. Será el señorito Eduardo. (Se va foro.)

MAT. Pues entónces me retiro, no sea que viniera mi tio y...

ESCENA X.

D. LUCAS, ROSA.

D. Lúcas sale precipitadamente y muy sofocado.

LUCAS. ¿En dónde está tu amo?

ROSA. Voy á pasarle recado. (¿Quién será?)

LUCAS. ¿Aún estás aquí?

ROSA. ¡Ya voy, señor! ya voy!

ESCENA XI.

D. LÚCAS.

Sí, no hay duda, esta será la habitacion del seductor. No, pues como le pille, yo le juro que no lo ha de

pasar muy bien. ¡Puede darse un descaro semejante! Venir á vivir aquí, en la misma casa en donde habita mi esposa! En cuanto salga... le...

ESCENA XII.

D. LÚCAS y D. RUFO.

RUFO. ¡Servidor!

LUCAS. ¡Muy señor mio!

RUFO. Puede usted tomar asiento.

LUCAS. No me da la gana, estoy bien de pie!

RUFO. Pues como usted guste. (Vaya un hombre raro.)

LUCAS. El negocio de que debemos ocuparnos exige muy poco tiempo. Yo vengo á matar á usted.

RUFO. ¡Canastos! (Pues este no anda con indirectas.)

LUCAS. Conque ya ve usted que en dos minutos podemos despachar.

RUFO. ¡Ya lo creo! ¿Pero puedo saber el motivo?

LUCAS. ¡Cómo! Aún tiene usted atrevimiento de preguntar el motivo?

RUFO. Sí señor, confieso mi torpeza.

LUCAS. ¡Lo he descubierto todo! (Cogiéndole por la mano.)

RUFO. ¿Todo? ¿Y qué?

LUCAS. ¡Todo lo de mi esposa!

RUFO. Ah! lo de su esposa de usted? Ha hecho usted muy bien. Está usted en su derecho.

LUCAS. ¿Usted no sabe quién soy yo?

RUFO. ¡No señor! Y le parece á usted extraño?

LUCAS. ¿Conque es usted el vil adúltero?

RUFO. ¿El vil? .. ¡Ave-María Purísima! ¿Yo vil?...

LUCAS. El vil adúltero que persigue á mi mujer!

RUFO. ¿Yo? Hombre, si en mi vida he mirado á una mujer soltera, cómo quiere usted que fuese á poner los ojos en una casada? Le juro á usted que se engaña.

LUCAS. Es en vano que trate de disculparse. No esperaba ménos de un cobarde como usted.

RUFO. ¿Cómo cobarde? (No, y el caso es que dice la verdad.)

Ha de saber usted que yo me llamo Rufo, soy empleado, cesante desde hace cuatro años, lo que me tiene por cierto en una posicion bastante crítica. Ademas, á mi edad se le figura que puedo enamorar yo á... Vamos, vamos, por Dios, sosiéguese usted, reflexione usted con calma y convendrá en que ha sido víctima de un engaño.

LUCAS. Es imposible que trate usted de negarlo; las señas son mortales.

RUFO. ¿Y qué señas son esas, vamos á ver?

LUCAS. ¿Quiere usted saberlas? ¿Quiere usted convencerse de mis sospechas? Pues oiga usted. (Le da un fuerte golpe en el hombro.)

RUFO. ¡Hombre, si pudiera usted suprimir el hablar golpeando!...

LUCAS. Ha de saber usted que estando hace un cuarto de hora en mi gabinete, he oido exclamar á mi esposa un grito de admiracion y de coraje. Salgo, me oculto detrás de una cortina, y he oido que le estaba diciendo á su prima: «Hé aquí el cómplice de mi falta, y segun señas, vive en esta casa. Es preciso que no se entere mi marido. Mañana mismo debemos mudar de habitacion.»

RUFO. ¿Y qué?

LUCAS. En toda la casa no hay más hombres que usted y yo, conque ya ve usted si las señas son mortales.

RUFO. Sí, efectivamente, las señas son mortales. Pero yo niego conocer á su esposa de usted.

LUCAS. Nada, no admito explicaciones. Despues de lo que acaba de pasar, uno de los dos sobra en este mundo.

RUFO. Será usted, que lo que es yo me encuentro divinamente en él.

LUCAS. Ahorremos digresiones. Dentro de un rato volveré á saber las armas que usted ha elegido!

RUFO. ¡Qué armas! Le parece á usted si ahora me entretendré en elegir armas?

LUCAS. ¿Qué? qué dice usted?

RUFO. Nada. (Lo que es armas no han de faltar, porque en

llamando á la guardia...)

LUCAS. Pues hasta luégo.

RUFO. ¡Hasta nunca!

ESCENA XIII.

D. RUFO.

¡Vaya otro que bien baila! Pues señor, entre éste y el angelito de marras van á volverme loco. No, pues no han de conseguirlo. Voy á cerrar las puertas, y si no las echan abajo, se me figura que como no entren por la ventana .. (Al ir á cerrar la puerta se abre de pronto, dándole un fuerte golpe en la cabeza. Entra Eduardo.)

ESCENA XIV.

D. RUFO y EDUARDO.

EDUAR. Beso á usted la mano.

RUFO. ¿Usted aquí otra vez?

EDUAR. ¿Y qué?

RUFO. ¿Cómo y qué? Se há figurado usted que mi casa es una fonda para entrar y salir cuando á usted le acomode? Salga usted inmediatamente.

EDUAR. ¿Que salga yo de aquí? ¿Y presume usted que va á conseguirlo sin concederme ántes la mano de su sobrina? Aquí me siento. (Se sienta.)

RUFO. ¡Qué obstinacion! pues no me faltaba otra cosa! (Ahora vendrá el otro y entre los dos me van á espachurrar. Cómo salgo de este pantano!) ¡Caballero!... (Oh! qué feliz idea! Voy á buscar al comisario y yo le juro...) Tenga usted la bondad de esperar breves instantes; voy por Matilde, pronto soy con usted. (Se va.)

ESCENA XV.

EDUARDO, luégo ROSA.

EDUAR. Calle! se va y me deja dueño del campo! ¡Qué ventura!

Si pudiera averiguar... (Viendo salir á Rosa.) Rosa! ven acá!

ROSA ¿Se ha marchado don Rufo?

EDUAR. Me ha dicho que iba á buscar á Matilde.

ROSA. Es raro! pues yo no le he visto. ¡Ah! aquí sale!

EDUAR. ¡Está bien, déjanos!

ESCENA XVI.

MATILDE, EDUARDO.

MAT. ¡Eduardo! (Sorprendida.)

EDUAR. ¿Y tu tio?

MAT. ¡No sé!

EDUAR. (¿Dónde habrá ido?)

MAT. ¿No has hablado con él?

EDUAR. Sí, y creo que conseguiremos nuestro objeto.

MAT. ¡Cuánto te quiero, Eduardo!

EDUAR. ¿De veras?

MAT. Yo te juro que sólo daré mi mano al que hace tanto tiempo posee mi corazon.

ESCENA XVII.

MATILDE, EDUARDO, ROSA, que entra precipitadamente.

ROSA. ¡El amo, señorita!

MAT. Me voy pues. Adios, hasta luégo!

EDUAR. Adios, Matilde, fía en mí. (Á Rosa.) Tú retírate; yo vuelvo á mi papel.

ESCENA XVIII.

EDUARDO, sentado, D. RUFO.

RUFO. (No estaba en casa el comisario; pero dicen que no tardará.) Caballero, tendría usted la bondad...

EDUAR. ¿De qué?

RUFO. De salir de mi casa, ó se va usted á exponer á ser víctima de mi furor. Sepa usted que me niego rotundamen-

te á darle á usted la mano de mi sobrina.

EDUAR. (Será cierto! Qué ventura!) ¿Es decir que se niega usted?

RUFO. ¡Sí señor! ¡Ea! ya se acabaron las contemplaciones. Puede usted tomar el partido que quiera.

EDUAR. ¿Sí? Pues voy á tomar el partido de partirle á usted. ¡Armas!

RUFO. Las que usted quiera. Sable ó...

EDUAR. ¡Pistola!

RUFO. Pistola... y sable . ó...

EDUAR. ¡Sitio!

RUFO. ¡Usted dirá!

EDUAR. Decida usted pronto.

RUFO. ¡Pues el mismo!

EDUAR. ¿Cuál?

RUFO. El que usted dice.

EDUAR. Al campo...

RUFO. ¡Ó junto al rio!

EDUAR. ¡Pues junto al rio!

RUFO. Estamos conformes.

EDUAR. Yo con pistola, junto al rio.

RUFO. Y yo con sable al campo. ¡Ea! ya está arreglado.

EDUAR. Pero si usted va al campo y yo al rio, no nos encontraremos!

RUFO. (Que es lo que yo deseo.) Ya le buscaré á usted.

EDUAR. ¡Tendré el gusto de romperle á usted la cabeza!

RUFO. Pues tiene usted un gusto delicado.

EDUAR. ¡Agur!

RUFO. Vaya usted al infierno.

ESCENA XIX.

D. RUFO, á poco DOÑA JESUSA.

RUFO. ¡Ay! Gracias á Dios que estoy solo, aunque no será á buen seguro por mucho tiempo!

JESUSA. ¡Caballero!

RUFO. ¿Una señora en mi casa?

JESUSA. Usted juzgará tal vez intempestiva mi visita, mayormente cuando no tengo el honor de conocer á usted?

RUFO. Sí; confieso á usted... Mas puede hablar sin reparo, y si en algo necesita de mí...

JESUSA. ¡Pues bien! Ya que es usted tan amable! Sepa usted que el objeto de mi visita no ha sido otro que el de recoger unas cartas que obran en poder del jóven que, segun señas, vive en esta habitacion.

RUFO. (Vamos, ya voy entendiendo.) Señora, yo no conozco á este jóven; le veo hoy por primera vez, y por cierto no con muy buen ojo.

JESUSA. Entónces, usted me dispensará.

RUFO. No hay de qué, señora, puede usted mandar cuando guste.

JESUSA. ¡Mil gracias, vecino!

RUFO. ¿Vecino ha dicho usted?

JESUSA. Sí señor! ¿Qué tiene esto de particular?

RUFO. ¿Es decir, que es usted la señora que vive en el cuarto tercero? (Pues ahora sólo faltaba que viniera el bárbaro de su esposo.) Señora, yo le ruego á usted que salga inmediatamente de mi casa. Su marido de usted ha estado aquí hace algunos momentos, y creyéndome á mi el vil adúltero, segun él decía, me ha insultado, me ha citado para un desafío y debe volver muy en breve con sus armas; conque ya puede usted figurarse el belen que va á armarme si la encuentra á usted en mi casa!

JESUSA. ¡Ay Dios mio! y cómo voy á arreglarme? Aconséjeme usted.

RUFO. Que la aconseje yo á usted si con su marido de usted creo que todo es en balde... si se empeña en que la ha de encontrar á usted aquí, es capaz de buscarla aunque sea en la carbonera.

JESUSA. Pues esto no puede quedar así. Yo no puedo exponerme á las iras de mi esposo! Si tiene la menor sospecha de que yo estoy aquí, es muy capaz de atropellar todo cuanto se ponga á su paso.

RUFO. Pues entónces, estamos frescos!

JESUSA. ¡Ay, á mí me va á dar algo! (Se quita el sombrero.)

RUFO. No, ahora no, espérese usted un poco, guárdelo para despues. (La acompaña á la ventana.)

JESUSA. ¡Cielo santo, ha entrado en la escalera! Sosténgame usted, yo muero. (Entrega el sombrero á D. Rufo, quien no sabiendo dónde ponerle, se le coloca maquinalmente en la cabeza.)

RUFO. ¡Me he lucido! La entraré en este gabinte. (Conduce á Jesusa arrastrando á la segunda puerta izquierda.)

ESCENA XX.

D. LÚCAS, á poco D. RUFO. D. Lúcas con un par de pistolas.

LUCAS. ¡Ya estoy de vuelta!

RUFO. (Saliendo.) ¡Ay! que está aquí. (Dios me tenga de su mano.)

LUCAS. (Reparando en el sombrero de Jesusa.) ¡Rayos del cielo! ¿Qué es lo que miro en su cabeza? El sombrero que yo le compré hace pocos dias! (Le coge el sombrero y lo aplasta.)

RUFO. Bruto de mí, que no había caido en ello.

LUCAS. ¿Y qué me contesta usted ahora? Tratará usted de negarme?

RUFO. ¡Yo le diré á usted!

LUCAS. ¡Ni una palabra! ¡Póngase usted en guardia! Pero no! Ántes quiero averiguar en dónde está mi mujer. (Entra en el gabinete de Matilde y la saca precipitadamente.) ¡No! ¡Esta no es!

MAT. ¿Qué significa, tio? (Entra en el gabinete de D. Rufo y saca á Rosa por un brazo.) ¡Tampoco es esta! (Se va por la puerta del foro, en donde permanece hasta que habla.)

ROSA. ¡Dios mio! ¿Está loco este hombre?

RUFO. ¡Ay! no sé lo que me pasa!

MAT. ¡Pero tio!

RUFO. ¡Ya no soy tio!

ROSA. ¡Don Rufo!

RUFO. Ya no soy don Rufo, yo soy un difunto en este momento. ¡Y el otro registrando la casa! ¡Ah! ¡qué idea!

(Hablando por la cerradura.) Trasládese usted al gabinete inmediato y cierre la puerta de comunicacion.

LUCAS. (Saliendo.) ¡Nada! por más que he buscado no he podido dar con la pérfida. Caballero, ¿en dónde ha ocultado usted á mi esposa?

MAT. (¿Qué oigo?)

ROSA. (Vaya con el viejo.)

LUCAS. Respóndame usted inmediatamente!

RUFO. Su esposa de usted no ha venido aquí ni cosa que se le parezca.

LUCAS. ¿Entónces, cómo está aquí su sombrero?

RUFO. Yo le diré á usted. El sombrero ha venido aquí por casualidad. Lo pondría ella en el balcon, y cayendo, naturalmente, como estamos debajo... Hombre, si no hay nada más natural.

LUCAS. ¿Cómo natural, cuando esta habitacion está encima de la nuestra?

RUFO. (Pues tiene razon, yo no me acordaba.) Entónces será que el viento lo habrá subido hácia arriba.

LUCAS. Miserable, en vano trata de disculparse.

RUFO. Caballero... yo le juro... y ademas, cuando usted sepa...

LUCAS. No quiero saber nada.

MAT. Pero tio, podremos saber...

LUCAS. Que este hombre es un libertino, que no contento de requebrar á mi esposa, le ha dado una cita aquí, en su propia casa.

RUFO. ¡Pero hombre!...

LUCAS. No oigo nada, infame!

RUFO. Pero...

LUCAS. ¡Libertino! Voy á ver si la encuentro, y miéntras, prepárese usted para recibirme de nuevo.

ESCENA XXI.

D. RUFO, MATILDE, ROSA.

MAT. Pero tio, á su edad meterse en tales lances?

RUFO. Sobrina, no me saques de mis casillas.

ROSA. ¡Don Rufo! Usted, que renegaba de las mujeres!

RUFO. ¡Por Dios, dejadme, que estoy furioso!

MAT. y ROSA. Pero...

RUFO. (Cogiendo una silla.) ¡Que me dejeis he dicho!

MAT. ¡Sal! Déjame con él! (No me parece la mejor ocasion, pero con todo, debo atreverme; el tiempo vuela y... Ánimo pues!) ¡Tio!

RUFO. (Que estará sentado, se levanta dando un salto del sillon.) ¡Eh! Quién anda ahí?

MAT. ¡Soy yo!

RUFO. ¿Pues no se me había figurado... Hoy todo el mundo me parece un fantasma; vamos á ver, qué quieres?

MAT. Manifestar á usted que no quiero casarme con Ramirez.

RUFO. ¡Ni yo tampoco!

MAT. ¡Cómo!

RUFO. Quiero decir que soy de tu misma opinion.

MAT. ¿Será verdad? Como usted me aconsejaba...

RUFO. Ántes te aconsejaba que te casases con él, y ahora te prohibo terminantemente hasta que pronuncies su nombre.

MAT. Descuide usted; yo le juro... ¿Es decir que puedo ya sin reparo casarme con Eduardo?

RUFO. Sí, cásate con quien quieras menos con Ramirez. Bastante castigo he llevado por haberme querido entrometer en casamientos.

MAT. ¡Qué contenta estoy!

RUFO. Y en cuanto á ese diablo de jóven, causa de todo este enredo, si vuelve á aparecer por aquí... yo te prometo..

ESCENA XXII.

RUFO, MATILDE, EDUARDO, que irá entrando poco á poco y se arrodilla á los piés de D. Rufo.

EDUAR. ¡Que le perdonará!

RUFO. ¿Usted aquí otra vez? ¿Qué significa?

EDUAR. Voy á explicárselo á usted. Ha de saber que yo no soy

Arturo Ramirez, sino Eduardo Perales...

MAT. ¡Mi novio!

EDUAR. Que humilde y rendido pide la mano de su sobrina!

RUFO. De modo que todo ha sido una trama? ¡Muchacha! ¿Y quién me compensa los sustos que he llevado? Y ahora que recuerdo, usted, de todos modos, es...

EDUAR ¿Va usted á hablarme de la vecina? No hay cuidado, ya se aclaró el enredo. Todo ha sido hijo de una mala inteligencia de su esposo!

RUFO. Sí, pero ella me dijo que obraban cartas en poder de usted.

EDUAR. ¡Sí, es verdad! Las he guardado por encargo de un amigo, á quien iban dirigidas, hasta este momento, que habiendo encontrado á don Lúcas en la escalera, se las he entregado con el santo fin de que le dejaran á usted en paz.

RUFO. Entónces, cuando gusteis... (Á Matilde) ¡Me has vencido! Si las mujeres son de la piel del diablo!

EDUAR. ¡Cuán felices vamos á ser, Matilde mia!

MAT. Todavía nos falta...

EDUAR. ¡Tienes razon!

(Al público.)

Despues de tantos afanes
ví mi idea al fin lograda,
mas no es completa mi dicha,
pues para serlo me falta,
y á vuestra indulgencia apelo,
que nos deis una palmada.

FIN.

AUMENTO A LA ADICION DE 26 DE NOVIEMBRE DE 1875.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
COMEDIAS Y DRAMAS.			
Pesante y apaleado	1	D. Armengol Marqués..	Todo.
Contra soberbia humildad	1	Juan de Alba.....	»
Don Rufo Revueltas	1	Luis Pacheco.....	»
El único ejemplar	1	Miguel Echegaray...	»
La mujer de Putifar	1	Juan Bergaño.....	»
La veleta	1	Luis Pacheco.....	»
Las lunas del amor	1	R. García Santisteban.	»
Los encantos de la voz	1	Manuel Juan Diana..	»
Lucrecia Borges	1	F. Lopez Valois.....	»
Muertos que resucitan	1	Pedro Escamilla.....	»
Por un majuelo	1	Luis Pacheco.....	»
Desde la Granja á Segovia	2	Emilio Alvarez....	»
El nido de la cigüeña	2	Juan Bergaño.....	»
Las desdichas de un buen mozo	2	N. Serra.....	Mitad.
Los alfilerazos	2	S. María Granés.....	Todo.
Figuras de cera	3	José Marco.....	»
Las fiestas del hogar	3	Sres. E. Alvarez y Ricardo Puente y Brañas..	»
El verdugo de mi hijo	3	Sres. E. y Alberto E. Rossi.....	»
La mejor conquista	3	D. Juan José Herranz...	»
Tres piés al gato	3	L. Marieno de Larra.	»
El Florentino	5	Juan Belza.....	»
ZARZUELAS.			
Una conspiracion	1	D. M. Genaro Rentero...	Libro.
El fresco de Jordan	1	S. María Granés....	Libro.
Entre el alcalde y el rey	3	G. Nuñez de Arce....	Libro.
La Marsellesa	3	M. Ferndz. Caballero.	Música

NOTA. Han pasado á la administracion de esta Galería todas las obras de la titulada *El Teatro Económico*, propiedad de los Sres. Don V. Llorente y D. Cárlos Borghini; y dejado de pertenecer la música de la zarzuela en un acto *Als Lladres*, de D. Benito Monfort.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En las librerías de los Sres. *Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9, y de los Sres. *Hijos de Fé*, Jacometrezo, número 44, y de *Duran*, Carrera de San Gerónimo.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.